

REFLEXIONES ACERCA DEL CONOCIMIENTO HISTORICO

EN el constante devenir de la Humanidad el conocimiento histórico ha constituido siempre un tema de innegable interés.

Enfocado ese conocimiento a través de las distintas épocas y de los diferentes teorizadores con particularidades más o menos remarquables, fué materia de constante discusión la posibilidad de un verdadero conocimiento histórico y su forma de obtenerlo.

Así, esas concepciones históricas han sido variadísimas, presentando en la interpretación de los hechos considerados, actitudes científicas y filosóficas diversas.

Según la concepción del universo que se sustente, también según la fuerza dinamizante de la evolución histórica que se admita, varía fundamentalmente el tal conocimiento histórico.

De ahí la importancia tan capital que desempeña en dicho conocimiento la adopción de tal o cual teoría acerca de la filosofía de la historia.

Conviene aquí decir que no toda explicación de hechos históricos es filosofía como no lo es tampoco su generalización. Para que una explicación o bien una generalización tome el carácter filosófico es menester que considere causas no temporales sino permanentes y coloque los hechos dentro de una génesis, de una casualidad metafísica.

Señalemos algunas concepciones.

Polibio en su *Historia General*, abarca el estudio de la humanidad sobre la base de su evolución, utilizando así, el primero, el método histórico que lo llevó a ver con gran acierto la inestabilidad de los gobiernos y le sugirió su teoría acerca de los ciclos políticos. Para

Polibio un sino, una fatalidad especial se da en el desarrollo histórico, fatalidad que se pone de manifiesto en dichos ciclos políticos.

El concepto que San Agustín expone en la *Ciudad de Dios*, es el que considera el curso de la Historia desde el punto de vista de la lucha del bien y del mal, que terminará con el triunfo del reino de Dios según los designios de la Divina Providencia.

Juan Bautista Vico expone en su libro *Principios de una Ciencia Nueva*, su doctrina de los *corsi* y *ricorsi*, según la cual los pueblos caen y resurgen cíclicamente. Estos ciclos no responden empero a principios fijos e inmutables.

El concepto histórico positivista fué formulado por Comte en su *Filosofía Positiva*.

Según Comte, la humanidad ha pasado por tres grados distintos: el teológico, el metafísico y el positivo. Para hallar las leyes que presiden dicha evolución hay que recurrir a la observación, a la experimentación y a la comparación. En la investigación de los fenómenos sociales más complejos hay que valerse también del método histórico, ya que las leyes que rigen su desenvolvimiento se obtienen considerando comparativamente las diversas épocas.

El racionalismo dió a las ideas, frutos para él de la razón pura, el papel de ser causas esenciales del desarrollo histórico. Así Hegel, representante típico de esa filosofía idealista de la historia, ve el progreso en la conciencia de la libertad. *El estado final de la humanidad*, no lo ve Hegel ni en el sentido moral que le atribuyeron Kant y Fichte, ni en el estético de Schelling, sino que su construcción histórica filosófica está orientada hacia los valores lógicos del conocimiento. *La finalidad y el término de esta vida, no es tanto la apetencia y la acción moral en la formación de la personalidad o la plasmación estética de la vida desde las profundidades del inconsciente, como el examen, el conocimiento, la propia conciencia del espíritu libre.*

La concepción materialista, nacida del positivismo francés, se halla en diametral oposición a la concepción idealista de la Historia. Según ella la causa metafísica, la esencia del devenir, no son ya las ideas sino los procesos de la vida económica. Su fundador es Marx. A diferencia de Hegel, Marx ve el progreso no en la conciencia de la libertad sino en las condiciones económicas. Para el materialismo histórico, pues, todo se explica a la luz del fenómeno económico.

Nuevas teorizaciones tratan a su vez de aclarar cuáles son las fuerzas que actúan en la vida histórica. Así hablan de la influencia del clima, del ambiente, del factor étnico, de las fuerzas naturales y de los valores del espíritu.

Señaladas ya, y bien esquemáticamente por cierto, estas concepciones conviene conocer ahora cuál es el enfoque que se da a la Historia desde las postrimerías del siglo pasado. El no es otro que el de la *Historia evolutiva o Genética* que tiene como punto de mira el desenvolvimiento de los pueblos. Los hechos históricos están vinculados por nexos de causalidad, que permiten enunciar *series históricas* no así leyes por ser los hechos históricos particulares, contingentes irreversibles.

A pesar de no ser posible asignar a la Historia el carácter de ciencia pura con leyes absolutas, fijas y uniformes, es preciso reconocer que en el conocimiento de lo histórico se ha logrado cierto grado de universalidad.

Para ello el historiador se empeña por establecer las relaciones de causa y efecto que eslabonan los acontecimientos entre sí. El conjunto de hechos individuales unidos por nexos de causalidad constituyen propiamente el hecho histórico y forma lo que llamamos serie histórica.

Claro está que para poder formular una serie histórica es necesario tener visión global del hecho (política, religión, arte, economía, costumbres, etc.), que pasando por el análisis del mismo en sus múltiples aspectos termina y se concreta en una síntesis. Cabe agregar empero que las mismas series históricas son únicas y particulares y no se repiten jamás de idéntica manera. Desemejantes siempre en el tiempo y en el espacio las series históricas no presentarán nunca el carácter de ley.

Con todo son dichas series históricas las que ponen de manifiesto las fuerzas dinamizadoras de la civilización humana y de las que por tanto el historiador se debe valer para extraer de la individualidad y particularidad de los hechos que se suceden la universalidad y generalidad de la evolución. Sólo, pues, por la inteligencia que da la *universalidad* reuniendo los *sucesivos* momentos históricos en la *simultaneidad* es que se puede llegar a captar el sentido y significación del devenir histórico.

Cabe entonces hablar de causalidad y no de determinismo en el devenir histórico o sea en la sucesión de los acontecimientos. La concepción cristiana de la historia habla a este respecto de una doble causalidad; immanente y trascendente. La causalidad immanente se da en el hombre mismo, en sus inclinaciones naturales y en la Naturaleza con él enlazada en la historia. La causalidad trascendente es Dios, quien, sin coartar la libre voluntad humana, interviene en la historia rigien-

do a los individuos y a las colectividades hacia los supremos fines de la Creación. De donde la Concepción cristiana de la Historia sostiene la existencia de un Dios Creador de todo cuanto existe que realiza un plan acerca de la creación para su propia glorificación pero mediante la libre actuación del hombre.

De todo lo dicho se deduce que las concepciones filosóficas de la Historia desempeñan un papel fundamental dentro del conocimiento histórico. Según se admita o no que los hechos históricos son contingentes o son necesarios, que existen o no en la historia leyes semejantes a la de la Naturaleza, que no hay determinismo y sí causalidad, que hay libertad entendida como autodeterminación o no la hay, que el progreso responde a una idea mero fruto de la razón pura y no a una causa trascendente que todo lo gobierna sin forzar la libertad y a causas inmanentes que se dan en el hombre mismo, el conocimiento histórico variará al extremo de hacernos caer en lo antagónico.

Digamos para terminar que una historia ciencia debe estar siempre iluminada por una filosofía de la historia, la que no será verdadera si deja de lado a Dios y a su intervención providencial y sobrenatural.

La Historia, ciencia del hombre, presupone para su conocimiento un saber filosófico, que implica, para ser verdadero, algún saber de Dios. De otra manera el conocimiento histórico quedará dolorosamente mutilado.

María Delia Terrén